

EL MARTIRIO: UN CANTO DE FE, ESPERANZA Y CARIDAD.

(Conferencia en honor de las Beatas, Madre Patrocinio Giner Gomis, Misionera Claretiana, y María del Olvido Noguera Albelda, exalumna del Colegio "María Inmaculada", de Carcaixent).

Jesús ALVAREZ GÓMEZ, CMF.

INTRODUCCIÓN

Existe un lugar en el mundo donde se puede asistir a una lección permanente en la que el martirio se muestra como algo vivo y palpable: ROMA. Y en Roma el COLISEO, el anfiteatro construido por los emperadores de la dinastía de los Flavios, que con su óvalo central, y sus tres ringleras de arcos y su masa de piedra prodigiosa, pulimentada por el tiempo, constituye en medio de la Roma moderna, un lazo permanente de unión con el pasado.

En medio de su arena, donde cristianos de muchas generaciones dieron su sangre, se levanta hoy una cruz sencilla como muda protesta contra la barbarie, y como símbolo de un triunfo eterno. Allí se experimenta, si se visita con pleno conocimiento de la historia, con la emoción más santa y directa, el ejemplo que nos dieron nuestros predecesores en la fe; Parece resonar aún el grito de los mártires: ¡OH CRISTO, SUFRO POR TU NOMBRE!".

Y también en Roma, las CATACUMBAS, que son el símbolo indestructible de aquella existencia cristiana, llena de peligros, de los cristianos de los primeros siglos. Sus galerías y sus nichos son la mejor expresión de aquellas virtudes que hicieron, al fin, posible su triunfo: el amor, la fidelidad y la esperanza. Allí están enterrados miles de cristianos, cuyas plegarias llenaron de murmullos, aquellas oscuras profundidades.

Cuando la época de las Persecuciones esté ya lejana, cuando el martirio haya dejado de ser un hecho colectivo para convertirse en un hecho individual, se empezará a considerar la época de los mártires de la Roma antigua, como la *edad de oro* del cristianismo. San Juan Crisóstomo (+ 407) decía ya en su tiempo: "*Yo he oído decir a nuestros mayores que era entonces, en tiempo de las persecuciones, cuando había cristianos de verdad*".

La fidelidad a la propia fe, que puede llegar en cualquier ocasión, a convertirse incluso en testimonio que comporta el precio de la propia vida, el derramamiento de la propia sangre, ha sido algo permanente a lo largo de toda la historia de la Iglesia: han sido muchos los momentos, y muchos los lugares en los que los cristianos que, después de concluidas las persecuciones por antonomasia que fueron las del Imperio Romano, han testimoniado su fe con su propia sangre: un breve recorrido nos llevaría a enumerar el exterminio de los cristianos a manos de los Vándalos, especialmente en el norte de Africa (s. V); los innumerables cristianos que, a lo largo de toda la Edad Media, testimoniaron su fe en Cristo, a pesar de los golpes de las cimitarras musulmanas; las persecuciones en Japón a finales

del siglo XVI; y en China a principios del siglo XVII; también la Revolución francesa de finales del siglo XVIII guillotiné a muchos cristianos en odio a la fe cristiana; en Africa, especialmente en Uganda, a finales del siglo XIX; y en el siglo XX, en tantas y tantas partes del mundo...

El papa Juan Pablo II ha subrayado, durante los últimos años de su pontificado, especialmente en sus escritos relativos al paso del segundo al tercer Milenio, la importancia que para la Iglesia revisten los mártires del siglo XX: el martirio es una realidad que va inherente a la identidad misma de la Iglesia: *«Como testigo de Jesucristo crucificado y resucitado, la Iglesia no puede olvidar que, durante este siglo nuestro, en el Continente europeo ha madurado una peculiar cosecha de martirio, quizá la más abundante después de los primeros siglos del cristianismo. Sabemos que la Iglesia nace de la cosecha de esta mies evangélica: sanguis martyrum semen christianorum.*

Los antiguos martirologios constituyen la manifestación de este convencimiento. ¿No deberemos nosotros, Pastores del siglo XX, añadir a los antiguos martirologios un capítulo contemporáneo o, mejor aún, muchos capítulos? Muchos, porque se refieren a tantas Iglesias particulares en distintas naciones»¹.

Juan Pablo II ha puesto de relieve la importancia decisiva que tiene el martirio en la superación de la división de la Iglesia: *«Al concluir el segundo milenio, la Iglesia es de nuevo una Iglesia de mártires. Las persecuciones contra los creyentes - sacerdotes, religiosos y laicos - han constituido una siembra abundante de mártires en distintos lugares del mundo...*

Se trata de un testimonio que no puede relegarse al olvido. La Iglesia de los primeros siglos, aun encontrándose con notables dificultades de organización, puso los medios para recoger en los martirologios el testimonio de los mártires.

En nuestro siglo han vuelto a aparecer los mártires, frecuentemente ignorados, como "soldados desconocidos" de la gran causa de Dios. En la medida de lo posible, no puede permitirse en la Iglesia que se pierdan esos testimonios. Como ha sugerido el Consistorio, es preciso que las Iglesias locales hagan todo lo que está en su mano para que no perezca la memoria de cuantos han sufrido el martirio, recogiendo para eso la documentación necesaria. Esto llevará también consigo, necesariamente, una repercusión y una elocuencia ecuménico. El ecumenismo de los santos, de los mártires, es quizá el más persuasivo. La "communio sanctorum" habla con tono más alto que los factores de división. El martyrologium de los primeros siglos constituyó la base del culto a los santos. Proclamando y venerando la santidad de sus hijos e hijas, la Iglesia tributaba el honor más alto a Dios mismo; en los mártires veneraba a Jesucristo, artífice de su martirio y de su santidad»²

Juan Pablo II ha puesto de relieve el hecho de que un gran porcentaje de los mártires del siglo XX, son religiosos y religiosas. La Familia claretiana ha dado abundantes muestras: Mártires de Barbastro, ya beatificados; mártires de Ciudad Real, mártires de Cervera, y otros muchos, cuyos procesos de

¹ JUAN PABLO II, Discurso con ocasión del encuentro con los Presidentes de las Conferencias episcopales europeas, 1.12.1992.

² JUAN PABLO II, Tertio Millennio adveniente, 10.11.1994, n. 37.

Beatificación han superado ya las primeras pruebas exigidas por la Iglesia: *"En este siglo, como en otros periodos de la historia, hombres y mujeres consagrados han dado testimonio de Cristo Señor con la entrega de la propia vida. Son millares aquellos que, relegados a las catacumbas por la persecución de regímenes totalitarios o de grupos violentos, obstaculizados en su actividad misionera, en su trabajo a favor de los pobres, en la asistencia a los enfermos y a los marginados, han vivido y viven su consagración en medio de un sufrimiento prolongado y heroico y muchas veces con el derramamiento de su sangre, configurados plenamente con el Señor crucificado. La Iglesia ha reconocido ya la santidad de algunos de ellos, honrándoles como a mártires de Jesucristo. Éstos nos iluminan con su ejemplo, interceden por nuestra fidelidad y nos esperan en la gloria.*

Es vivo el deseo de que la memoria de tantos testigos de la fe permanezca en la conciencia de la Iglesia como estímulo para la conmemoración y para la imitación. Los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica han de contribuir a esta tarea recogiendo los testimonios de todas las personas consagradas que pueden quedar inscritos en el martirologio del siglo XX»³.

Por estos textos, se advierte cómo el papa Juan Pablo II quiere resaltar la importancia que tiene el martirio para la Iglesia que acaba de entrar en el Tercer Milenio; por eso quiere que, como hacían las comunidades cristianas primitivas, también las Iglesias particulares y las Congregaciones religiosas, recopilen las Actas martiriales de tantos hermanos y hermanas nuestros que, especialmente en el siglo XX, han testimoniado su fidelidad a Cristo con el derramamiento de la propia sangre.

Entre estos hermanos y hermanas nuestros en la fe, que han entonado el canto más sublime de amor a Cristo, porque, *"no hay mayor amor, que dar la vida por aquel a quien se ama"*, están nuestras queridísima hermanas, hoy más queridas que nunca, Madre Patrocinio Giner Gomis, misionera Claretiana, y la joven seglar, militante de Acción Católica, María del Olvido Noguera Albelda, exalumna del Colegio de María Inmaculada, y alumna muy querida de la propia Beata Patrocinio Giner, quienes han sido beatificadas, hermanadas también así en la gloria que la Iglesia les reconoce, como a tantos otros hermanos y hermanas de la Iglesia que peregrina en la Archidiócesis de Valencia, que fueron beatificados el mismo día 11 del presente mes de marzo.

La Congregación de las Misioneras Claretianas encuentra en la Beata Madre Patrocinio Giner, la máxima expresión del estilo de vida y de misión, que le infundieron sus Fundadores, San Antonio María Claret, que también supo mucho de derramamiento de la propia sangre en defensa de la fe cristiana, y la Venerable M. María Antonia París de San Pedro, que, siguiendo el ejemplo de San Antonio María Claret, también se declaró dispuesta a derramar toda su sangre en defensa de la Ley Santa de Dios: *"Ojalá tuviéramos la dichosa suerte de sellar nuestra vida derramando toda nuestra sangre en confirmación de la Ley santa del Señor"*⁴

³ JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, n. 86.

⁴ M. M^a. ANTONIA PARÍS DE SAN PEDRO, Carta a San Antonio María Claret, Santiago de Cuba, 28.2.1856; *Epistolario*, p. 7.

Y el mejor fruto de todos los desvelos, de todos los trabajos por enseñar la Ley Santa de Dios, que el Colegio de María Inmaculada de Carcaixent, ha realizado a lo largo de los 125 años de su fundación que también ahora conmemoramos, es su alumna María del Olvido Noguera Albelda, una joven de fe cristiana profunda que se manifestaba en un estilo de piedad cristiana, que llamaba la atención de sus convecinos de Carcaixent. María del Olvido aprendió, sin duda, en las aulas del Colegio, los primeros rudimentos de las letras humanas, pero sobre todo, aprendió a decir que Sí al Señor en las pequeñas y en las grandes pruebas de la vida, que la fueron habilitando, por la fuerza del Espíritu Santo, para dar el testimonio supremo de amor a Cristo, derramando su sangre en defensa de su virtud, mortalmente atropellada por los enemigos de la fe cristiana.

Poniendo por delante el testimonio de fe, de esperanza y de amor de nuestras queridas hermanas, las Beatas Patrocinio y María del Olvido, quiero exponer ante ustedes, aunque solo sea a grandes rasgos el profundo significado que en sí misma encierra la espiritualidad cristiana del martirio.

1. El mártir es el discípulo perfecto de Cristo.

En el Antiguo Testamento, el testimonio de la propia sangre era el signo de la más alta y expresiva fidelidad a la Palabra de Dios. Muchos profetas y muchos judíos piadosos, dieron su vida en defensa de la palabra de Dios.

En el Nuevo Testamento, Jesús es el mártir del Padre, porque da testimonio de lo que ha visto y oído en el seno trinitario; y el martirio de los cristianos es visto como continuación del mismo martirio de Jesús: "*¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?*". Esta estremecedora pregunta de Jesús hace a los mártires conforme al cáliz de la Eucaristía. Como Jesús, el mártir es crucificado, es testigo, dándose en espectáculo al mundo, a los hombres y a los ángeles. Qué bien lo dice el "**Oktoichós griego**": "*Vuestros cuerpos traspasados por la espada, pero jamás vuestro espíritu podrá ser separado del amor divino. Sufriendo con Cristo, vosotros sois consumidos por los carbones ardientes del Espíritu Santo. Heridos por el deseo de Dios, tus mártires, Señor, se alegran de sus llagas*".

San Ignacio de Antioquía, venerable anciano de ochenta años, gastados en el servicio de aquella comunidad cristiana, decía cuando era conducido encadenado para ser expuesto a las fieras del circo romano: "*Es ahora cuando empiezo a ser un verdadero discípulo..., no me impidáis nacer a la vida*"⁵. Y, según el mártir san Policarpo de Esmirna, los mártires son "*las imágenes de la verdadera caridad; y "los hierros venerables", con que son encadenados los mártires, "son las diademas de los verdaderos elegidos de Dios*"⁶.

⁵ SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, A los Romanos, 5, 3-6. .

⁶ SAN POLICARPO DE ESMIRNA, a Los Filipenses, I, 1.

Una tradición muy antigua atestigua que todo mártir, en el momento de su muerte, oye las palabras de Jesús al buen ladrón: "*hoy estarás conmigo en el paraíso*"; y entra inmediatamente en el Reino. Después de la muerte de Esteban, a manos de una multitud enfurecida (Hch. 7, 55-59), el martirio le dio su peculiar impronta a la espiritualidad cristiana de los primeros siglos. Los mártires son aquellos "*violentos que toman al asalto el cielo*"; aquellos en quienes "*Cristo combate en persona*".

2. Del "martirio cruento" al "martirio espiritual".

Cuando el martirio, durante los largos periodos de paz, a pesar de que permanecía la prohibición general de la Religión cristiana, los Padres de la Iglesia tuvieron que buscar un nuevo ideal que sustituyese el martirio cruento. Y lo encontraron en el *martirio gnóstico*.

Al martirio gnóstico se puede llegar a través de la permanente elevación del mismo a la propia vida cotidiana. En los largos períodos de paz, durante los cuales el martirio fue más bien esporádico, la reflexión entorno al martirio empezó a poner el énfasis, no en el *testimonio de la muerte física*, sino en el *testimonio de la vida ascética*, como preparación para el martirio cruento, y, si este no tenía lugar, se consideraba la ascesis como suplencia del martirio de sangre.

Clemente Alejandrino describe así al verdadero mártir gnóstico como "*el hombre según la semejanza (de Dios); el gnóstico es aquel que imita a Dios según todas sus posibilidades, dejando a un lado todo cuanto pueda impedirle emplearse para esta semejanza..., quien sabe dominarse, quien es paciente, vive rectamente, controla las propias pasiones, da a los demás cuanto puede darles, obrando el bien tanto de palabra como de obra*"⁷.

San Ignacio de Antioquía había celebrado el martirio cruento como el ideal de la perfección cristiana; y los rigoristas del siglo II, como Tertuliano, fueron los primeros en sustituir el martirio cruento con el martirio cotidiano de la ascesis; pero fue Orígenes el primero en ofrecer las claves teológicas de este paso; pues él el primero en aceptar íntegramente esta nueva manera de entender el martirio, añadiéndole las claves interpretativas sacadas de su propia experiencia ascética; encuadrando así el martirio dentro de su noción de piedad cristiana.

Resulta muy difícil determinar los linderos que separan al ascetismo cristiano de los tres primeros siglos, del monacato propiamente dicho, puesto que este, en definitiva, no es nada más que una peculiar forma de ascetismo.

Hasta la paz constantiniana (313), todos los cristianos eran candidatos al martirio. Pero la existencia pasible de la Iglesia, protegida ahora por un estatuto legal, no correrá ningún peligro en cuanto a la violencia, al radicalismo, de su mensaje, porque el Espíritu Santo inventó inmediatamente el "*martirio por equivalencia*". De este modo el testimonio que los mártires daban de lo "*único*

⁷ Stromata, 2,19.

necesario' por medio del *bautismo de sangre* de los mártires cedió su puesto al *bautismo de la ascesis monástica*. de los monjes.

En tiempo de San Atanasio (295-373), el concepto de monacato como, forma de martirio y como sustitución del martirio físico, se hace uniforme y precisa. De las observaciones de San Atanasio sobre el martirio espiritual de san Antonio, hasta las de Sulpicio Severo sobre el martirio de san Martín de Tours, los fundamentos de la confrontación permanecen prácticamente los mismos. Aunque los teólogos modernos tienen dificultad para aceptar la doctrina del Pseudo-Dionisio⁸, y la de Teodoro Studita⁹ que ponen sobre el mismo plano la profesión monástica y el bautismo y los otros sacramentos, teólogos posteriores como san Pedro Damiano¹⁰, y Santo Tomás de Aquino¹¹ explicaron los fundamentos de la analogía y asociación entre el martirio y el monacato.

3. El martirio, llamada de Dios.

El martirio es el supremo testimonio de amor, a través del cual los fieles confirman su propia opción por Dios y por Cristo. El martirio, como sacrificio de sí mismo, es imitación de la pasión de Jesús que exige una perfecta comunión de sentimientos y de voluntades. El martirio es posible gracias a una relación de amor, de correspondencia, que en él alcanza su expresión más sublime.

Pero es, sobre todo, el martirio es obra de la gracia divina que, por un inescrutable designio, llama a algunos a dar el testimonio supremo, y mantiene alejados a otros que no están preparados para la heroicidad que comporta.

El discípulo debe estar disponible, cuando el Señor lo llame, a dar su vida; y para ello debe prepararse, a través de la oración y de la ascesis, pero no puede en modo alguno anticiparse o condicionar la llamada de Dios. Las palabras de san Cipriano compendian muy bien el pensamiento de la Iglesia de los primeros siglos: *"Ninguno de vosotros se presente espontáneamente a los gentiles. Si alguien es arrestado o entregado (a los magistrados) debe hablar, porque Dios, presente en nosotros, hablará en aquella hora. El prefiere la confesión a la autodenuncia pública"*¹².

Y encontramos las mismas expresiones en las Actas del Martirio de san Policarpo, cuyo autor, refiriéndose a la apostasía de un cristiano de Frigia que se había presentado espontáneamente a los jueces, advierte: *"Hermanos, nosotros no aprobamos a aquellos que se entregan espontáneamente, porque el evangelio no lo enseña así"*¹³).

El reclamo a la enseñanza de Jesús (Jn. 11,54) por parte de los escritores eclesiásticos hace comprender cómo en el seno de las comunidades cristianas

⁸ De ecclesiastica hierarchia, 63; PG 3, 533 AB.

⁹ Testamento, 10; PG 99, 1820 C.

¹⁰ Opusculum, XVI, 8; PL 145, 376 B.

¹¹ Summa Theologica, II-II, q. 189, art. 3 ad 3.

¹² Epist. 81,4.

¹³ Martirio de Policarpo, 4

primitivas podían existir manifestaciones de un *entusiasmo excesivo* por el martirio, que desenvocaban a veces en acciones incontroladas.

El fenómeno de la *búsqueda* del martirio o de la presentación voluntaria, en más de una ocasión, contagió, en efecto, a los simples fieles que se entregaron espontáneamente al martirio. Y esto acaecía, no solamente en las pequeñas *comunidades marcionitas* en las que era frecuente provocar a los enemigos para conseguir la muerte por la fe; el mismo fenómeno fue frecuente entre las *comunidades montanistas*, entre los cuales se encontraron frecuentemente las manifestaciones más exaltadas. Este fenómeno se dio también en algunas comunidades católicas.

Esta prohibición tenía sus excepciones; las autoridades eclesiásticas admitían aquellos casos en que existía una caridad por el Señor tan ardorosa e intensa, que hacía suponer la existencia de una *especial llamada* de Dios. Escribe Orígenes a este propósito: *"Cuando alguien haya conocido tanta bondad de Cristo hacia él y tenga su amor derramado en su corazón, no sólo deseará morir por esta persona buena, sino incluso morir con audacia. Es lo que vemos que se realiza concretamente cuando aquellos, en cuyos corazones se ha derramado abundantemente el amor de Cristo, hasta se ofrecen espontáneamente y con toda audacia a los perseguidores y confiesan el nombre de Cristo delante de los ángeles y de los hombres"*¹⁴

Entre los 332 mártires de la Archidiócesis de Valencia, existe un clarísimo ejemplo de exposición voluntaria al martirio, impulsada por un amor ardiente: es el caso de aquella anciana madre de más de ochenta años, que al ver cómo se llevaban a sus cuatro hijas religiosas para martirizarlas, se unió a ellas con esta hermosa expresión: "Donde estén mis hijas debo estar yo; y donde yo esté deberán estar ellas"; y se ofreció para ser la última en ser fusilada, a fin de sostener a sus hijas en la dura etapa del suplicio final, como fue el caso de aquella madre de la que habla el Libro de los Macabeos.

La acción de la gracia, la confesión cruenta, no dependen únicamente de las fuerzas humanas; porque ningún hombre ante tormentos tan atroces, y ante la muerte cruenta, podría con sus solas fuerzas permanecer fiel hasta el fin; es necesaria la gracia divina.

Pero, si Dios llama, entonces dará la ayuda para que la prueba pueda ser superada hasta su término. No es el hombre quien decide, sino Dios. El martirio presupone pues una especial vocación. Es Dios quien llama a todos al testimonio, pero solamente a algunos reserva Dios el privilegio de testimoniarlo públicamente. De ahí el calificativo de *elegidos* reservado para aquellos que son llamados a dar la prueba suprema de su amor a Cristo.

San Cipriano era bien consciente de esto cuando decía a algunos fieles desilusionados, al ver que se le esfumaban sus aspiraciones al martirio: *"Ante todo, el martirio no depende de ti, sino que depende de la elección de Dios. Pero tampoco puedes decir que has perdido aquello que no sabes si habías merecido recibir. En efecto, Dios, que escruta lo íntimo del corazón, contempla y conoce lo escondido, te ve, te alaba, te aprueba. Él que ve que te habías procurado la fuerza del martirio te recompensa en proporción a tu coraje. Así,*

¹⁴ Comentario a la carta a los Romanos, 4, 10.

*la justicia (divina) corona el ánimo de sus siervos dirigido hacia el bien, que piensan en la confesión de la fe y aspiran al martirio"*¹⁵

Ahora bien, la gracia divina no se limitaba a la llamada, sino que acompañaba al mártir durante todo el camino del testimonio. *"Todo aquí es consecuencia de la gracia: Ya sea la confesión pública, el sufrimiento público, y finalmente, la eventual visión de la gloria de Aquel, con el cual se ofrece y por el cual se da testimonio"* ¹⁶ Completamente abandonado a la acción del Espíritu, vivificado por el amor que lo une al Señor, el mártir sostiene la prueba sin prestar excesiva atención a los sufrimientos que laceran su cuerpo, porque vive ya en la dimensión divina.

Es el Señor, en efecto, quien, al lado del mártir, le infunde la fuerza para sostenerlo en las diversas pruebas, y así conducirlo victoriosamente hasta el final. Escribe el autor del Martirio de Policarpo: *"Bienaventurados y dichosos son todos los martirios que acaecen según la voluntad de Dios. Por lo mismo, debemos ser más religiosos y atribuir a Dios la fuerza contra todos (los tormentos)"* ¹⁷.

4. La respuesta de los mártires.

La acción de la gracia divina, sin embargo, presupone la *decisión libre* del hombre; se necesita su colaboración, y su adhesión. Dios no se pone en el lugar del hombre. Por eso mismo, el martirio, además de ser un *don de Dios*, es también una *elección voluntaria* del cristiano, pues, como dice Orígenes: *"Muchos de nosotros, a pesar de saber que confesando el cristianismo, serían asesinados, han despreciado la vida, y voluntariamente han elegido la muerte por la vida"*¹⁸. Pero se trata de una elección dictada y animada por el amor, y como respuesta a la invitación del Espíritu, la cual implica la aceptación generosa del plan de Dios, siendo conscientes de aquello a lo que se renuncia, y de aquello a cuyo encuentro se camina.

El mártir vive con pleno conocimiento de los diversos momentos que constituyen la prueba: *arresto, cárcel, proceso, tortura, ejecución*. Aunque, no obstante el gozo que experimenta en el sacrificio de la propia vida, experimenta también en su carne el miedo, la angustia, y el sufrimiento del tormento. Todo esto, el mártir lo entrevé antes, y lo acepta después, confiando plenamente en Cristo, que es el único que puede sostener al mártir, consciente de que no son las solas fuerzas humanas las que le ayudarán en el combate sino la fuerza Cristo, por cuyo amor da la vida.

El martirio cristiano es un encuentro perfecto entre el amor de Dios y la respuesta generosa, incondicional, del fiel; la gracia divina que tonifica y eleva

¹⁵ De mortalitate, 17.

¹⁶ E.PETERSON, I testimoni della verità, Milán 1955, p. 39.

¹⁷ Martirio de Policarpo, 2, 1.

¹⁸ Contra Celso, 2, 17.

la debilidad humana, y la voluntad libre del hombre, sin quitar nada a la decisión del hombre, que permanece libre para volverse atrás en cualquier momento. Y desgraciadamente, en más de una ocasión, hubo también defecciones y apostasías, que quedaban, sin embargo, cubiertas por la firme decisión de quienes preferían la muerte a renunciar a la fe.

El martirio es la expresión de la caridad perfecta. Esta idea la explicó bellamente Clemente de Alejandría: *"Llamamos perfección al martirio, no porque el hombre haya alcanzado el término de la vida, como los demás, sino porque da prueba de una obra perfecta de amor"*¹⁹. El martirio significa perfección, y es el estado que, mejor que ningún otro, une los fieles al Señor, porque es la expresión máxima de la caridad. La caridad, en efecto, y no otra cosa, mueve al creyente a dar testimonio. Según Clemente Alejandrino, la caridad está por encima de la esperanza del premio que el cristiano conseguirá; no es la esperanza, sino el amor el que guía al mártir en todo momento²⁰. Pero Orígenes, después de haber subrayado la centralidad del amor, tampoco se calla respecto a la importancia del premio²¹. San Policarpo señala a los mártires como "los modelos de la verdadera caridad"²².

El gesto del mártir es guiado únicamente por el deseo y por la plena voluntad de darse a Dios, de inmolarse enteramente por él, a fin de afirmar su reino en un mundo dominado por el maligno. El cristiano que se ofrece por la fe, ha llegado al límite más sublime de la perfección en el abandono consciente y total de las realidades más queridas: Los bienes, las amistades, las personas a las que estaba ligado. El mártir se anula, se aniquila, se vacía de sí mismo, en todo lo que es, para ser puro vacío que se colma solamente con el amor de Dios. Su deseo consiste en afirmar la prioridad y el poder de Dios sobre la realidad mundana, sin fijarse en sí mismo. Y todo esto: aniquilación, sufrimientos atroces, la muerte misma, son el testimonio más perfecto que el hombre pueda dar a Dios del amor que le tiene.

No lo impulsa a actuar así un esfuerzo prometico de empeño moral, sino el amor transformante por Dios. Y este amor, como el fuego, consigue quemar todo aferramiento residual y todo eventual pecado. Y la caridad no hay que ponerla solamente al principio del camino del martirio, como motivo que impulsa al fiel a caminar al encuentro de la muerte, sino que constituye el alma que vivifica todos los gestos más insignificantes. Es el fuego que consume el sacrificio.

A través de todos los actos que llevan al testimonio final de dar la vida, se realiza una comunión cada vez más perfecta entre el mártir y Dios. Cada acto, en efecto, en cuanto vivido como don a Dios y testimonio por El, es una respuesta generosa a su invitación, y un abandono a su acción transformante. El mártir se despoja de sí mismo para adherirse a Dios, para configurarse con sus deseos. En este momento se ha alcanzado la perfección, se ha alcanzado

¹⁹ Stromata, IV, 4, 14, 3.

²⁰ Stromata, IV, 4, 14, 1-2.7; VII, 11, 67, 1-2.

²¹ Exhortación al martirio, 3; 3; 6. 4.

²² A los Filipenses, 1, 1.

incluso la unidad. La consumación de la unidad a través de la confesión martirial es afirmada por Orígenes según el cual, el fiel que confiesa, forma "una sola cosa y se une a Aquel a quien confiesa"²³.

Todo lo dicho es fácilmente constatable en el testimonio de los mártires. Su preocupación es la de actuar en conformidad con la voluntad de Dios, de realizarla, sin dejarse condicionar por lo que le circunda. Están convencidos de que haber sido elegidos para dar ese testimonio, es un don tan grande que el Señor les ha hecho, que no responder a él generosamente significaría traicionar a Aquel que los ha alcanzado primero.

De este modo, el ofrecimiento de la propia vida se convierte, como la muerte misma de Jesús en la cruz, en un sacrificio perfecto de acción de gracias. Dice Orígenes: *"El santo que es un hombre de honor, desea intercambiar los beneficios con que el Señor le ha colmado, y descubre ... que ninguna otra cosa puede ser ofrecida a Dios, como equivalente a los beneficios recibidos, a no ser la muerte en el martirio"* ²⁴.

Esto explica el por qué del entusiasmo y de la alegría que brota del rostro de los mártires y de su comportamiento y de su insistencia ante los jueces para que aceleren la conclusión del proceso. A veces, la intensidad de la caridad es tal, que impulsa al fiel a entregarse sin reservas con tal de alcanzar el objetivo de su amor²⁵. Por eso, con frecuencia, aunque no siempre, en la tortura y durante la ejecución, el mártir no advierte la atrocidad de los sufrimientos, al estar, como está, unido a Dios. En este sentido escribe Orígenes: *"El alma que ha recibido la herida de amor, a pesar de que entrega el cuerpo a la espada, no advertirá la herida del cuerpo a causa de la herida de amor"*²⁶; y esto mismo afirmaba más directamente aún, si cabe, la Carta de la comunidad cristiana de Lión, según la cual, Santos, uno de sus mártires, reducido a un guiñapo e irreconocible por las atroces torturas que le habían inferido, pero siempre sereno, *"mostraba, para ejemplo de los demás, que no hay nada espantoso donde está el amor al Padre, nada doloroso cuando se trata de la gloria de Cristo"*²⁷.

Pero, para que el testimonio alcance la perfección son necesarias tanto la efusión de la sangre como la muerte; porque, mientras el hombre permanece *"en la carne, no puede ser llamado perfecto ... Solamente entonces, el mártir gnóstico llegará a mostrar y a presentar con plena validez la obra perfecta, cuando la sangre exhalará el espíritu. Desde aquel momento será bienaventurado y podrá, justamente, ser proclamado perfecto"*²⁸. En este punto el alma, liberada ya del cuerpo material, se torna completamente espiritual, es digna de acceder a la contemplación de Dios.

²³ Exhortación al Martirio, 10.

²⁴ Exhortación al martirio, 28.

²⁵ Comentario a la Carta a los Romanos, 4. 10.

²⁶ O. c., 4, 11.

²⁷ I, 23.

²⁸ CLEMENTE ALEJANDRINO, Stromata, IV, 21, 130.

5. Las Beatas mártires, M. Patrocinio y María del Olvido, herederas del espíritu martirial de los primeros siglos cristianos.

El martirio de M. Patrocinio Giner y de María del Olvido Noguera tiene, como no podía ser de otro modo, grandes paralelismos con el martirio de los cristianos primitivos, tal como lo describen sus Actas martiriales.

Es de sobra conocido que no hay ni un solo caso en el que algún mártir fuese sentenciado a muerte por haber cometido algún delito; es más, los interrogatorios que les hacían los jueces imperiales versaba únicamente acerca de si eran o no cristianos; y era un proceso sumarísimo. Se producía esta breve conversación entre los jueces y quienes habían sido acusados de ser cristianos:

- *Juez*: ¿Cuál es tu nombre?
- *El cristiano* pronunciaba su nombre: Fructuoso, Vicente, Ignacio, etc.
- *Juez*: ¿Eres cristiano?
- *El cristiano*: sí soy cristiano.
- *Juez*: Ser cristiano está prohibido; tienes que dejar de ser cristiano.
- *El cristiano*: jamás dejaré de ser cristiano, por más amenazas que me hagas.
- *El juez* pronuncia la sentencia: condena a muerte, a destierro, a trabajos forzados en las minas, confiscación de los bienes, torturas, etc.

También el interrogatorio de nuestras queridas mártires fue, más o menos, así. No se les preguntó por ningún delito que hubieran podido cometer, sino por su condición de cristianas, de creyentes en Jesús de Nazaret; o, por lo menos esto es lo que subyacía en el proceso sumarísimo seguido contra ellas. Tampoco ellas habían cometido ningún delito; fueron condenadas a muerte por la sencillísima razón de ser cristianas, de ser, sencillamente, buenas personas; La Madre Patrocinio Giner, como en tantos otros casos de personas martirizadas durante la Guerra Civil española de 1936, fue asesinada por la única razón de que "era religiosa", de que "era monja"; y en el caso de María del Olvido, por ser una militante de Acción Católica y catequista; en una palabra, fueron asesinadas por llevar el nombre de cristianas, discípulas de Jesús de Nazaret.

Esta dimensión martirial de tantas religiosas, religiosos, laicas y laicos de la Guerra Civil española de 1936 fue puesta de relieve por el Papa Pío XII, cuando dijo: *inclinamos "nuestra frente ante la santa memoria de Obispos, Sacerdotes, Religiosos de ambos sexos, de fieles de todas las edades y condiciones que en número muy elevado han sellado con la sangre su fe en Cristo y su amor a la Religión católica"*²⁹.

En su casa, en más de una ocasión, había dicho la nueva Beata, M. Patrocinio Giner, ofreciéndose con la máxima decisión y sencillez: *'Señor, si te hace falta una piedrecita para tu pedestal, aquí me tienes'*. Y llegó el momento de hacer realidad su promesa de fidelidad al Señor:

«La Sierva de Dios fue detenida el día 13 de Noviembre de 1936, a las siete de la tarde aproximadamente. Estábamos rezando el Rosario cuando

²⁹ Citado por el auto del II Voto sobre el martirio de la M. Patrocinio Giner; Roma 1999, p. 7.

oímos golpes en la puerta de la calle de modo tumultuoso, salimos a la puerta y preguntaron los milicianos por la Superiora del Colegio... entonces salió ella valientemente y exigieron que se fuera con ellos... La sierva de Dios subió al coche sin resistencia afirmando que ella era una simple Religiosa Claretiana. Mi hermana se asomó al balcón y vio el coche marchar a toda velocidad.. estábamos convencidas de que iban a matarla».

«Tuvo lugar su muerte en el Portichol de Valldigna antes de llegar a la estación... La Madre Patrocinio Giner, Misionera claretiana, del Colegio María Inmaculada de Carcaixent, también estaba entre los que habían dejado en aquella zanja, formando parte del grupo»

M. Patrocinio fue detenida con su hermana Carlota, religiosa en un convento de clausura; ambas fueron juntas al martirio, ambas se animaban mutuamente, y ambas volaron juntas al encuentro del Señor Jesús. Es una lástima que la causa de Beatificación de Sor Carlota no haya sido incoada, para que ambas hermanas recibieran también juntas, los honores de la Beatificación.

La información que poseemos sobre los últimos instantes de la Madre Patrocinio Giner y de María del Olvido, es muy escasa; y esto nos duele; pero aunque hubiéramos preferido una información más detallada, existen, sin embargo, datos más que suficientes que nos recuerdan muy de cerca los últimos instantes de los mártires de la Iglesia primitiva.

Madre Patrocinio, fue siempre apóstol, como hija de San Antonio María Claret y de la Venerable Madre María Antonia París de San Pedro; y lo fue hasta el último instante, pues enseñó la Ley santa del Señor a quienes la llevaban al martirio; y tan convincente les parecía a sus propios verdugos, que alguien advirtió: *"Matadla enseguida, porque si no, nos va a cambiar a todos"*.

A imitación del Divino Maestro que, suspendido en la Cruz disculpó y perdonó a sus verdugos, también M. Patrocinio Giner disculpó y perdonó a quienes estaban a punto de matarla: *"Vosotros no sabéis lo que hacéis, algún día os pesará; yo acepto con gozo lo que Dios permite porque me vais a abrir el cielo; ¡desde el cielo rogaré por vosotros! Yo os perdono de todo corazón, no sabéis lo que hacéis"*.

Y no menos digna de las Actas del martirio de aquellas jóvenes cristianas, como Cecilia, Agueda, Lucía, Inés y Blandina, la dulce esclava de Lión., que tanto nos conmueven todavía a la distancia de casi dos milenios, son las Actas del martirio de la joven cristiana, María del Olvido; sus verdugos tuvieron un comportamiento mucho peor aún que los verdugos de santa Inés, pues, no sólo le arrebataron su virginidad material, que no ciertamente su virginidad formal o espiritual, sino que además, en un gesto de brutal sadismo, lo hicieron en presencia de su hermano Isidro, a quien ataron a un árbol, a un olivo, que fue para él sin duda el olivo de su agonía, olivo que le traería a lamente, aquellos olivos que presenciaron también la agonía de Jesús en Getsemaní. Después, los fusilaron a ambos hermanos; y ella antes de morir, aún tuvo fuerzas para declararse incondicional seguidora de Jesús, con un *¡Viva Cristo Rey!*", proclamándolo así como a su Rey y Señor, amado sobre todas las cosas.

Nos cabe lamentar también que Isidro, el cual, junto a su hermana María del Olvido, con ella y por ella sin duda, sufrió un martirio muy doloroso al no

poder defenderla de los abusos de sus verdugos, no haya sido elevado a los altares juntamente también con ella. Esperamos que su causa de Beatificación también será introducida algún día no muy lejano.

Quienes, por nuestro oficio de profesores de Historia de la Iglesia, estamos habituados a leer las heroicidades de los mártires de la Iglesia primitiva, pensamos que el martirio de nuestras queridísimas hermanas, las Bienaventuradas María Giner y María del Olvido Noguera, son dignas continuadoras del testimonio de fe y de esperanza de hombres y mujeres, tan fieles seguidores de Cristo, como Pedro y Pablo, Ignacio de Antioquía, Policarpo de Esmirna e Ireneo de Lión; de Cecilia, Inés, Felicidad y Perpetua, y Blandina, la dulce esclava de Lión, por no citar nada más que algunos nombres más relevantes de aquellos tiempos heroicos, cuando ser cristiano era ser candidato al martirio. Tiempos no menos recios les tocó vivir a las Beatas M. Patrocinio Giner y a su alumna María del Olvido Noguera. También su testimonio de fe y de esperanza se convierte para nosotros hoy en un faro luminoso que nos señala el camino a seguir.

6. Unión consumada con Cristo.

La imitación de Cristo, a través de la cruz y de la muerte, no constituye simplemente para el mártir una reproducción externa de los hechos supremos de la vida de Cristo, sino que es la consumación de una comunión de vida que se establece entre el creyente y el Señor.

En este sentido, el martirio es una participación verdadera y propia en el misterio de Cristo rechazado, muerto y glorioso. Con el martirio, alcanza su plenitud aquella unidad de gracia que se había iniciado en el bautismo. Cristo ha tomado plena posesión del bautizado, por lo cual san Pablo afirma con razón: *"Estoy crucificado con Cristo y ya no vivo yo, sino que Cristo es quien vive en mí"* (Gal. 2,20). Se ha realizado la comunión completa, la *koinonía* total entre el fiel y el Salvador; aunque el fiel no pierde su propia identidad ni la responsabilidad de las propias acciones, se abandona a sí mismo a la completa acción de la gracia divina. De San Policarpo dicen las Actas de su martirio, que en el suplicio era un perfecto *"koinonós"* de Cristo³⁰.

La unión entre el mártir y Cristo, es tan perfecta, que el mártir es consciente de que es otro el que sufre en él porque él no puede con sus fuerzas soportar penas tan atroces: *"Sufre en mí Aquel a quien tu no Puedes ver"*³¹. Es, pues, Cristo quien vive y actúa en el mártir y con el mártir.

Y la comunión con Cristo lleva naturalmente a la unidad con las tres Personas divinas. Se trata de un concepto muy bien expuesto por Orígenes: *"No améis... las cosas que pasan, sino que, haciendo la voluntad de Dios, haceos dignos de ser una sola cosa con el Hijo, el Padre y el Espíritu Santo, conforme a la oración del Salvador que dice: Como Tú y Yo somos una misma cosa, "que también ellos sean una sola cosa en nosotros" (Jn. 17, 21).*

³⁰ Actas del martirio de san Policarpo de Esmirna, 6, 2.

³¹ Actas del martirio de Carpo, 3, 6.

³² Actas del martirio de san Fructuoso, 4, 2.

Pero la semejanza y la participación en los sufrimientos de Cristo no son fin en sí mismas, sino que encuentran su realización plena en la participación en la resurrección y en la vida gloriosa del Señor, en la cual tiene su término el misterio pascual. La imitación, por medio del martirio, es considerada por los Santos Padres de la Iglesia primitiva en perspectiva espiritual y escatológica, más que material y moral³³.

7. Anticipación de las alegrías eternas.

La semejanza con Cristo en el sacrificio introduce a la semejanza en la gloria: *"Los mártires en Cristo... del mismo modo que son partícipes de sus sufrimientos, lo son también de los beneficios que se derivan de estos sufrimientos, entre los cuales está también el triunfo sobre los principados y potestades"*³⁴. Los mártires son conscientes de esto, y, por ello, durante las diversas pruebas, incluidas las más atroces, hasta la definitiva de la ejecución, ostentan alegría, serenidad, bondad, como si se dirigieran a una fiesta, porque su ánimo está ya en posesión del bien esperado.

Aquel Cristo que ha sido su compañero en los sufrimientos y al cual ahora se asemejan en todo, será para ellos el guía en el encuentro con el Padre. Cumpliendo la promesa hecha a sus discípulos, el Hijo confesará, es decir, dará testimonio de su discípulo que ha dado su vida por él, ante el Padre, y lo introducirá inmediatamente en la posesión de los bienes escatológicos prometidos a los discípulos fieles, y en la contemplación "cara a cara". El hecho de la inmediata visión de Dios, después de la muerte del mártir, está unánimemente afirmada por los santos Padres y escritores eclesiásticos de los primeros siglos sin excepción alguna³⁵.

Todo esto explica el rol eminente que la Iglesia ha reservado siempre, en la jerarquía de la santidad a los fieles que han confesado a Cristo con la propia sangre. Su puesto está siempre después de los apóstoles, y antes que las vírgenes; es más, algunos los consideran como "hermanos de los apóstoles" o, sencillamente, "apóstoles".

A ellos se les reserva, en relación a la parábola del Sembrador (Mt. 13, 8.23), el premio del ciento por ciento del fruto de la semilla, a diferencia de los demás grados de perfección a quienes se reserva el sesenta por ciento para los monjes, y el treinta por ciento para los seculares.. Esto no significa minimizar las demás formas de ascesis, que ya desde el siglo III están indicadas como equivalentes al martirio³⁶.

³³ ORIGENES, Exhortación al martirio, 12-14; 42; SAN CIPRIANO, Ad Fortunatum, 8.

³⁴ ORIGENES, Exhortación al martirio, 4.

³⁵ TERTULIANO, Ad martyres, I, 3; ORIGENES, Exhortación al mart., 13; Iud. Hom., 7,2.

³⁶ De habitu virginum, 21; Epist. 72, 2; 76,6.

También los confesores, es decir, los fieles que padecieron por la fe pero que no murieron en los tormentos, tenían reservado en la Iglesia un puesto privilegiado, que no se concedía a los fieles en general.

La imitación de Cristo por el martirio lleva en si misma la recompensa. *Los mártires tenían un puesto relevante en la Iglesia Primitiva*: los encarcelados en espera del martirio son visitados por sus hermanos en la fe y sus mensajes son considerados como oráculos del Señor.

Si, después de sufrir por Cristo, se libran de la muerte, sus heridas y cicatrices son el mejor testimonio de la gracia especial que han recibido de Dios; y son como un reflejo de luz celestial.

También los confesores tienen un puesto especial dentro de la comunidad cristiana y dentro de la Jerarquía, si pertenecían a ella. Hubo, sin embargo, excesos por parte de algunos confesores: algunos *confesores* pretendieron ciertos privilegios que los colocarían por encima de la misma autoridad jerárquica, provocando algunos cismas en las Iglesias de Roma y de Cartago.

7. Los mártires son los mejores intercesores.

Los mártires son los mejores intercesores ante Dios: Se les invoca con una ternura conmovedora; se ambiciona ser sepultados junto a sus tumbas; sus reliquias donde mora la fuerza del Señor, son muy pronto objeto de culto especial: En las reliquias de los mártires mora la fuerza del Señor, y por eso mismo fueron muy pronto objeto de un culto especial: *"nosotros recogemos sus huesos, que tienen más valor que las piedras preciosas, son más estimables que el oro; los depondremos en un lugar digno. Y allí nos reuniremos para celebrar en la alegría, el aniversario de este día en que Policarpo ha nacido para Dios"*.

La oración de intercesión hunde sus raíces en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. Toda intercesión en la Iglesia se conecta con Cristo Mediador-Intercesor entre Dios y los hombres. La comunión de los santos, de los cristianos entre sí y de todos con Cristo, es el fundamento de la oración de intercesión de los vivos por los difuntos; y la de estos por aquellos. Simeón el "Nuevo Teólogo" contempla a los santos de cada generación en unión con los de la anterior; y cómo todos, repletos de luz, se convierten en una cadena de oro, en la que cada uno es un anillo distinto, unido al anterior en la fe y en la caridad. Cada cristiano recibe en el bautismo el nombre de un santo que la Iglesia le asigna como intercesor ante Dios.

Los mártires fueron considerados en la Iglesia primitiva como intercesores cualificados, tanto para los difuntos como para los vivos. Las Actas martiriales los representan con frecuencia, cumpliendo este oficio sublime de interceder ante Dios por sus hermanos los cristianos. San Policarpo de Esmirna ruega por toda la "fraternidad cristiana"; san Fructuoso de Tarragona a quien, poco antes de ser

quemado vivo en el anfiteatro de la ciudad, un cristiano le ruega que se acuerde de él, le responde, que debe orar por la Iglesia católica, esparcida desde el Oriente al Occidente; y un mártir de Palestina, antes de ofrecer su cuello al verdugo, ruega primero por el pueblo cristiano, para que le sean concedidas la luz y la seguridad; después por los judíos, para que crean en Jesucristo; por los samaritanos y por los paganos; y finalmente, por el juez que lo ha condenado, por los emperadores y por el verdugo que lo va a degollar, a fin de que Dios no le impute a nadie su muerte.

Cuando se visitan las galerías de las catacumbas romanas, especialmente en las cercanías del sepulcro de algún mártir, se tiene la sensación de que todavía están flotando en el ambiente las súplicas por los difuntos más queridos. Sobre la tumba de un niño de tres años escribieron sus padres: *"Que las almas de todos los santos te reciban"*; una madre afligida recomienda a la mártir Basila la inocencia de su hijo Aurelio Gemelo; en un mosaico de la Catacumba de Pánfilo se ruega: *"Mártires santos, buenos, benditos, ayudad a Ciriaco"*; y en otro epitafio se pide: *"que los mártires Genaro, Agatopo y Felicísimo te refrigeren"*. Grafitos innumerables, en torno a las tumbas de los mártires, atestiguan la fe de los peregrinos en su intercesión.

Las "Actas martiriales" de los Beatos mártires Claretianos de Barbastro de Sigüenza, de Fernán Caballero..., atestiguan también que ellos intercedieron por la Iglesia, por España, por la Congregación, por los postulantes que tenían encomendados, por sus familias, y por sus mismos verdugos.

Que nuestras queridísimas hermanas, Beata M. Patrocinio Giner, y Beata María del Olvido Noguera, intercedan por nosotras, aquí y ahora, y cuando, si fuera la voluntad del Señor, nos tuviéramos que ver expuestos a defender nuestra fe y nuestra vida cristiana, al precio de cualquier sacrificio, incluso si fuera necesario, al precio de nuestra sangre. Ellas nos han dejado un faro de luz que iluminará nuestro caminar en fe y en esperanza; y ahí seguirá para siempre en este luminoso cielo de Carcaixent, porque el Señor, cuyo amor prefirieron a su propia sangre, las ha colocado junto a sí; y nuestra Santa Madre Iglesia así lo ha reconocido, al inscribirlas en el Catálogo de los Bienaventurados.

¡Muchas gracias por su atención!